

EL CASERÍO DE MI BARRIO (ALABERGA)

Jesús Fernández



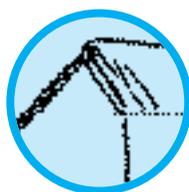
Eran años en los que nuestro pueblo crecía con el empuje propio de esas mareas que conocemos como vivas, que parece que se van a salir del entorno de cemento del puerto y de la ría; la marea necesita sitio y no tiene en cuenta si desborda o inunda.

En esos años nuestro pueblo necesitaba de espacios para dar cabida y cierta calidad de vida a su creciente censo de habitantes y era más o menos costoso hacerse con las propiedades que correspondieran a otras edificaciones, en este caso centenarias. El pueblo en expansión no tiene en cuenta si desborda o engulle.

Esta edificación es, el ¡Caserío de mi Barrio! el caserío de Alaberga, vivienda en la que moraban dos familias. Recuerdo algunos nombres, la señora Carmen, la señora Pilar y los aitonas de éstos.

Aunque he hecho alguna búsqueda y consultas pocos datos tengo de su historia. Sí tengo un dato que habla de su nombre, dato que consigo de una colaboración de Shanti de Oarso en la revista *Oarso*.

En el número del año 1961 nos relata Shanti que en los tiempos en los que las tres cuartas partes de lo que hoy es nuestro pueblo era bahía, las embarcaciones mayores a vela, necesitaban realizar ciertas maniobras en sus desplazamientos, para ello los capitanes de cubierta daban la orden de: “¡A LAS VERGAS!”, terminando su referencia al nombre con interrogante.



Por otra parte la historia más reciente es contemporánea de mi niñez y mi juventud, por lo tanto en este caso los datos están en mi archivo que no es otro que mis recuerdos. Me encuentro a mis nueve años con un cambio de barrio, de la calle de Arriba al barrio de Alaberga. Por cierto, con una gran alegría, (no por el barrio que abandonaba), sino sobre todo por parte de mis aitas, ya que dejábamos la difícil convivencia de varios vecinos dentro de una misma vivienda para ocupar cada familia una habitación, algo de lo que yo entonces no me daba mucha cuenta.

Y aquí está el caserío de mi barrio, en el que se funden dos formas de vida: la rural y la industrial y, en el caso de mi familia, también el idioma: el mío, el castellano que me viene dado por mis aitas procedentes de Castilla, por otro el euskera de los moradores del caserío de mi barrio.

En esta pequeña historia quisiera tener un cariñoso recuerdo para las familias que en él moraban, con las que pasamos a tener una convivencia vecinal no exenta de pequeñas diferencias (como he comentado provenientes sobre todo de la forma de vida y el idioma). No había chavales de nuestra

edad dentro de estas familias pero no se notó, nos dieron el suficiente cariño como para compartir con ellos una vecindad afectuosa.

El gran patio abierto (creo que más de uno conocéis cómo es Alaberga) que nos era común servía para todo tipo de juegos y fiestas, fiestas entrañables compartidas por toda la vecindad, como la hoguera de San Juan; la matanza del *txerri* que era vivida por nosotros, la chavalería de entonces, como una verdadera fiesta; juegos de todo tipo: a ailuz, al cero, al cinto, al barren, fútbol por supuesto, etc.

Es realmente una pena que este caserío esté hoy en día, sólo en mis recuerdos. Si los tiempos hubieran sido otros, hoy lo podríamos seguir viendo en nuestro patio transformado, por ejemplo, en casa de cultura o en un pequeño museo. Algo que nos ayudara a entender el mundo de esas mujeres y hombres que llevaron a cabo estas edificaciones fuertes y confortables. Yo lo recuerdo como un pequeño castillo y que por desidia y desinterés de las "autoridades del momento" ya no existe, cosa que me apena aunque permanece entre los recuerdos amables de mi pueblo: el CASERÍO DE MI BARRIO.

